

Por más que se parezcan no son lo mismo: libros de secretos, antidotarios, recetarios y otros géneros prácticos en la literatura médica medieval

Bertha M. GUTIÉRREZ RODILLA
(Universidad de Salamanca)

1. Introducción

El origen de la llamada «literatura de secretos», que según Montero Cartelle (2010: 102) es un tipo de literatura pseudocientífica y semiculta, a medio camino entre los recetarios, la literatura técnica y la hermética, suele situarse –es bien sabido– en el *Secretum secretorum*, un texto pseudoaristotélico, conocido también como *De regimine sanitatis* o *De conservatione sanitatis*, entre otros nombres, que a modo de epístola dirigida por Aristóteles a su discípulo Alejandro Magno allega un conjunto de consejos políticos, fragmentos de filosofía, un régimen de salud, conocimientos de alquimia, fisiognomía, propiedades curativas de las plantas, etc. Este texto procedería, a su vez, de otro, escrito probablemente en árabe en el siglo X, *Sirr-al-‘asrar* (*Secreto de los secretos*), de autoría controvertida, que se tradujo en los últimos siglos medievales a diversas lenguas occidentales –aragonés, castellano, catalán, hebreo, holandés, inglés, latín, ruso, etc.–, ya fuera total o parcialmente y en sus versiones más larga o más corta, adquiriendo gran difusión entre los distintos públicos que constituían la minoría letrada de la Europa bajomedieval (Grignaschi 1980; Ramón Guerrero 2016; Williams 2003; Zamuner 2005, entre otros). Debido a la diversidad de su contenido, ligada en buena medida a su controvertida trayectoria, no resulta fácil clasificarlo: unos autores lo insertan de lleno en el género espejo de príncipes; para otros es un libro sapiencial que toma el aspecto de un espejo de príncipes; otros, en fin, ponen más el acento en la parte científica que acopia (el régimen de salud, la astronomía o la fisiognomía, por ejemplo).

Mediante ese proceso de transmisión a que acabamos de aludir y, a lo largo del mismo, habría ido dando lugar a los libros de secretos, que según otros estudiosos, alcanzarían valores aún más importantes que en el medievo durante los siglos XVI y XVII, favorecido su crecimiento por el de la imprenta. Un auge que iría perdiéndose

a partir del siglo ilustrado para ir relegándose estas obras a ámbitos reducidos y marginales, esferas populares y pseudocientíficas, hasta nuestros días.

Como se desprende de los párrafos anteriores, a pesar de los varios análisis efectuados sobre el tema¹, sigue existiendo confusión respecto a las denominaciones, conceptos, géneros, etc., que manejan quienes se acercan a estos escritos. Unas confusiones que convendría aclarar, empezando por esa corriente que hace más o menos equivaler los «secretos medievales» en todas sus versiones y tradiciones con los libros de «secretos de la naturaleza» que se desarrollan a lo largo del mundo moderno, tras la aparición en 1555 de los *Secreti* de Alessio Piemontese². Razones de espacio nos obligan a acotar este trabajo, por lo que nos centraremos en los secretos medievales que puedan tener relación con el ámbito médico o médico-farmacológico y otros géneros, también medievales, con los que llegan hasta a confundirse.

2. Los libros de secretos medievales. Características que se les atribuye

Si hay algo que defina a los libros de secretos medievales es su heterogeneidad, tanto por su contenido como por su forma. A pesar de lo anterior, no son pocos quienes buscan en ellos elementos comunes, zonas de confluencia, que sirvan para caracterizarlos: el primero y más importante de esos elementos –hasta el punto de que para algunos investigadores sería el único (Montero Cartelle 2010: 102)– radicaría en la promesa de revelar a quien los lee un conocimiento secreto –oculto– sobre la naturaleza o sobre las artes. A ese rasgo fundamental se añadirían otros que aparecerían de modo más o menos regular (Eamon 1994: 4-5, Montero Cartelle 2010: 102, entre otros), como el intento de proteger ese conocimiento secreto de todo el mundo; el carácter eminentemente práctico de estas obras, que incluirían experimentos, recetas y fórmulas, a los que les faltaría el arropamiento teórico; por último, la creencia de que la razón no es una vía válida para llegar al conocimiento, sino que este se obtiene, por un lado, por medio de la revelación divina, algo que no todo el mundo consigue por no ser merecedor de ello y, por otro lado, por medio del experimento. Ese experimento dista mucho del de la ciencia contemporánea: no se trata de algo planificado y llevado a cabo en unas determinadas circunstancias científicas con el fin de validar una hipótesis previa, sino que es un descubrimiento fortuito, que suele tener aplicación práctica y del que se desconoce por completo la causa o el mecanismo de acción, por lo que no se sabría cómo repetirlo en condiciones científicas regladas. A diferencia de los hallazgos a que conducen los experimentos actuales, que deben difundirse por encima de todo, el afortunado que tenía la suerte de toparse con algo por medio de ese experimento medieval se lo guardaba como «secreto» y solo con el largo paso del tiempo tal vez llegaría a conocerse (Eamon 1994: 9).

Estas características, que desde una perspectiva teórica pueden estar más o menos bien planteadas, al enfrentarnos a la realidad de los textos se tambalean, hasta llegar a

¹ Algunos tan importantes como el de Eamon (1994) o, más recientemente, los presentes en volúmenes colectivos, como los de Leong y Rankin (2011) o AAVV (2006), por ejemplo.

² Sobre este último y la fascinación por los secretos en la España del momento, puede consultarse, por ejemplo, Rey Bueno (2005 y 2010-2013).

convertirse en tópicos. Así, no es extraño –y no deja de sorprender– que se citen como pertenecientes a la «literatura de secretos» los *Secreta Salernitana* –una ampliación del conocido *Circa instans*, al que nos referiremos enseguida– o el *Antipocras* de Nicolás de Polonia. De este último se dice que

aunque no incluye la promesa de revelar un conocimiento secreto, ni siquiera en su título, posee otras características propias de los libros de secretos: tiene propósito práctico y defiende la medicina empírica, incluye recetas y operaciones de laboratorio, muestra una fuerte creencia en la existencia de fuerzas o virtudes ocultas en la Naturaleza y aparece en los manuscritos junto con libros de secretos (Barragán Nieto 2012: 36-37).

Creemos que esta afirmación es discutible o, al menos, matizable: queda patente en ella que el *Antipocras* no cumple la primera y más importante supuesta característica de los libros de secretos, como es la del carácter oculto del contenido que atesora. Tampoco cumple la segunda, que es la de preservar ese conocimiento y que no se difunda a todo el mundo. En cuanto a la tercera, no es necesario realizar un gran esfuerzo para caer en la cuenta de la existencia de numerosos géneros de la literatura médica medieval cuya finalidad era eminentemente práctica sin que por ello se los pueda considerar como libros de secretos: colecciones de problemas, listados de grados o regímenes de salud, entre otros. Es decir, tener carácter práctico no implica de ninguna manera pertenecer a la «literatura de secretos». Con todo, lo más conflictivo sería aceptar «que defiende la medicina empírica» y justamente por eso podría formar parte de los libros de secretos. No es solo que un conocedor de la medicina medieval como Amasuno (1999: 264-265) señale que como todos los *regimina sanitatis*, el inmerso en el *Secreto de los secretos* se fundamenta en un esquema conceptual propio de la medicina del momento, las *sex res non naturales*, absolutamente ligadas al galenismo, de base hipocrática. Es que, además, en el mundo medieval no existía por un lado una medicina empírica que se pudiera contraponer a la medicina racional hipocrático-galénica, sino que esas dos medicinas estaban absolutamente imbricadas y unidas por la polinización constante que se daba entre ellas. Nos encontramos, por tanto, con un texto del que se dice que pertenece a los libros de secretos, pero en él no se promete revelar ninguno; tampoco se pide que no se disemine su contenido; es de tipo práctico –como tantos otros que lo son y no son libros de secretos–; y en él se halla medicina empírica, pero cuando se analiza con detenimiento se comprueba que está trufado de referencias a autores médicos clásicos. Nos cuesta creer, a la vista de lo señalado, que este pueda calificarse como libro de secretos, pues no hay demasiados datos que apoyen tal calificación.

Pero si el ejemplo del *Antipocras* es difícil de aceptar, hay otros que aún lo son más. Así, se nos dice que aunque la mayoría de los libros de secretos de contenido médico tiene un carácter marcadamente práctico, hay un tipo especial, los llamados *secreta mulierum*, que se centran en exponer los misterios que envuelven al proceso de la generación humana, cuyo tono expositivo es mucho más teórico, encontrándose a medio camino entre la filosofía natural y la medicina (Barragán Nieto 2012: 37). Si de las cuatro presuntas características de los libros de secretos, con el *Antipocras* nos habíamos quedado sin las dos primeras y teníamos serias dificultades para justificar

la tercera y la cuarta, con los *secreta mulierum*, la tercera, la del carácter práctico, se pierde también. En cuanto a la cuarta, no es impropio resaltar que en los *secreta mulierum* aparecen profusamente citados Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Avicena o Averroes, entre otros, por lo que tampoco se cumpliría. A la vista de estos ejemplos –y de otros varios que podríamos aportar– da la impresión como si en un momento determinado se hubieran establecido las cuatro características señaladas y se siguieran manteniendo ahí aunque los datos que proporciona la realidad no siempre las confirmen.

Más allá de esas características, que convendría revisar para ver hasta qué punto se pueden tomar como tales y en qué textos realmente se cumplen, nos queremos referir a otros errores que pueden encontrarse sobre los repertorios medievales relacionados con la actividad sanadora, que son los que nos interesan aquí. Así, por ejemplo, no es infrecuente leer que los libros de secretos están muy emparentados con algunos géneros médico-farmacológicos de tipo práctico como los antidotarios, recetarios, herbarios o colecciones de simples, entre otros, como si todos estos repertorios que acabamos de citar fueran iguales o parecidos y tuvieran todos una vertiente práctica: a quien estudia detalladamente un antidotario no le resulta fácil encontrarle tal vertiente. Así mismo le será muy difícil confundirlo con una colección de simples.

Es cierto, sin embargo, que todos estos repertorios no pueden entenderse como completamente independientes entre sí, aunque no ser independientes no significa que sean iguales. Como decimos, no son independientes, pues con frecuencia se mezclaban y alternaban en un mismo manuscrito y hasta trozos de algunos en un mismo folio. Lo anterior debe interpretarse como fruto de la interpolación de autores y obras, de materiales de diversa procedencia, tanto culta como popular tan típica de la medicina medieval. Porque lo que primaba no era respetar la autoría o el contenido de un ejemplar concreto, sino ofrecer instrumentos tan útiles para la tarea sanadora como fuera posible. Esa es la razón de que las interferencias entre ellos –acrecentadas por la tradición manuscrita– y las dificultades que existen para poder diferenciarlos sean notorias (Gutiérrez Rodilla 2007: 173). Sin embargo, hay unos mínimos que deben conocerse.

3. Tratados de simples y tratados de compuestos

No se puede clasificar en el mismo grupo un *herbarium* que un antidotario porque el primero es un libro de simples y el segundo un libro de compuestos. Sería como confundir los ingredientes de un guiso con el guiso en sí. Los simples medicinales son las sustancias de origen vegetal, animal y mineral que se usan en el tratamiento de las enfermedades. Sus características e hipotéticas virtudes curativas se reúnen en los simplarios o tratados de simples, que se diferencian de los de compuestos en que estos versan sobre los medicamentos compuestos, que son aquellos integrados por varios simples. Siguiendo con la metáfora de la comida, en el de simples se hablaría, por ejemplo, del tomate, la cebolla o el pimiento y en el de compuestos del pisto elaborado con ellos.

La información que se suministra en unos y otros (Gutiérrez Rodilla 2007: 159-163), más o menos proliza según los casos, está extractada de diferentes autores desde la Antigüedad. En los tratados de simples o simplarios tendrían que hallar cobijo teóricamente todos los simples –vegetales, minerales y animales– que hay en la naturaleza. Pero como en la farmacología clásica griega solamente tenían categoría de medicamento los vegetales³, en los simplarios generalmente se recogen plantas. Por eso, casi todos ellos son *herbaria*, que es el término con que más frecuentemente se los designa: colecciones de virtudes curativas de las plantas. Un término latino, el de *herbarium* o *herbaria*, que no debe traducirse al castellano por «herbario» o «herbarios» porque estos, que empezaron a surgir en el Renacimiento y se desarrollaron en el mundo moderno, no tenían nada que ver con aquellos. Los *herbaria*, como acabamos de señalar, son repertorios de plantas, aglutinadas con una finalidad médica, de las que se ofrecen sus diferentes nombres, descripciones, aplicaciones terapéuticas, etc. Los herbarios, por el contrario, son meras «colecciones de hojas secas», que se agrupan con fines estéticos o pedagógicos, sin relación alguna con la terapéutica. En los *herbaria*, se anotan a veces los nombres de las plantas en distintas lenguas, como ocurre en los *hermeneumata* y los *synonima*⁴.

Con el fin de favorecer su consulta, porque efectivamente eran de tipo práctico, los simples en estos repertorios acostumbraban disponerse alfabéticamente, lo que explica la denominación «alfabetos de simples». Seguramente el más importante de todos –citado, como señalábamos más atrás, como perteneciente a la «literatura de secretos»–, fuera el *Circa instans*, atribuido al médico salernitano del siglo XII Mateo Plateario. El núcleo de este simplario sería uno de los alfabetos de simples enlazados con el nombre de Galeno, que debió circular desde los siglos V o VI, al que se irían agregando, según la costumbre del medievo, diversos materiales de distintas procedencias. Este compendio, que sustituyó a los viejos *herbaria* presalernitanos, incorporó nuevos productos desconocidos en Occidente, así como novedades léxicas, técnicas y conceptuales, como la teoría de los cuatro grados de Al-Kindi de la farmacología teórica árabe. De lo anterior se desprende que, por muy práctico que pudiera ser, no le faltaba el soporte doctrinal de la medicina racional. Por su lado, la insólita divulgación que alcanzó se compagina mal con un posible carácter secreto y, sobre todo, con la petición de proteger el conocimiento secreto de los ojos de la mayoría.

El asunto de la disposición alfabética de los *herbaria* no carece de trascendencia a la hora de diferenciarlos de los repertorios de compuestos, ya que estos prácticamente nunca siguen esa disposición. Hay dos grandes tipos de repertorios de compuestos: los antidotarios y los recetarios. Los primeros lograron un desarrollo importante en la literatura médica en lengua árabe desde la que ejercieron una notable influencia sobre la occidental (Gutiérrez Rodilla 2007: 173-176). Eran tratados de compuestos que presentaban la información extraída de distintos textos del pasado y gozaron

³ Los de tipo animal se consideraba que tenían una acción demasiado débil por lo que se les daba la categoría de alimento, no de medicamento; y los minerales, se creía que tenían un efecto demasiado fuerte para considerarlos medicamentos, por lo que se los consideraba venenos.

⁴ En los primeros se listan los sinónimos de los nombres de los simples en griego y en latín y en los segundos, en latín, árabe, castellano, catalán, griego, entre otros.

de una transmisión de tipo escrito. Los ingredientes que recogían para confeccionar las recetas solían ser costosos y difíciles de encontrar; la cuantificación de los mismos, minuciosa y su preparación, complicada. A lo anterior se añadían consejos sobre cómo almacenar los medicamentos, datos complementarios sobre los pesos y las dosis de los mismos, etc. Todo esto determina que, a pesar de lo que a menudo se cree, casi nunca resultarían prácticos, sino totalmente librescos, por lo que deben considerarse como parte del soporte teórico con que contaban médicos, cirujanos y boticarios. Si bien algunos se compusieron como obras independientes, lo más frecuente es encontrarlos en tratados de medicina más extensos. Precisamente por estar cargados de erudición, ser absolutamente teóricos, destinados al estudio y no a la práctica cotidiana de la medicina, en los antidotarios la información se ordenaba *a capite ad calcem*, de la cabeza a los pies, sin olvidarse de establecer apartados de acuerdo con el tipo de medicamento: ungüentos, aceites, emplastos, electuarios....

Mucho más sencillos y modestos eran los recetarios, con sus remedios simples y de fácil aplicación (Gutiérrez Rodilla 2007: 176-179). Aunque en ocasiones se transmitieran de modo escrito, como recetas sueltas o en pequeñas colecciones que se copiaban y se pasaban de unas personas a otras, el factor oral fue muy importante en su propagación. La procedencia de las recetas es dispar: desde las que tienen su origen en las grandes «autoridades» de la tradición griega, latina o árabe hasta las que hunden sus raíces en el mundo mágico y creencial o aquellas otras de las que nada se sabe. De hecho, los recetarios más característicos son aquellos en los que se han recopilado recetas de distinta filiación y proximidad a la medicina racional y a la popular. No guardan ningún tipo de orden o jerarquía y las recetas que contienen generalmente se elaboraban con pocos ingredientes, baratos y fáciles de encontrar. La lengua vulgar penetró en ellos mucho antes que en los antidotarios –en los que persistió más tiempo el latín–, lo que da cuenta de su utilitarismo. En su gran mayoría las recetas de estos recetarios no se acompañaban del fundamento doctrinal en que se sustentaban, lo que ha movido a algunos autores a deducir que carecían por completo de elaboración doctrinal. Para otros, no obstante, que ese fundamento doctrinal no se explicitara no significa que no subyaciera: el contenido que tienen revela toda una concepción de la enfermedad, que no puede ser otra que la del galenismo, con diversos niveles de complejidad y sofisticación (Stannard 1982, 1985).

4. A modo de conclusión

Tras lo expuesto en las páginas precedentes, nos atrevemos a afirmar que el *Sirr al-asrar* o *Secretum secretorum pseudoaristotélico*, sin duda una de las obras más populares del periodo medieval, con todas sus ramificaciones y versiones, al menos en lo que a su parte médica se refiere no «está a caballo» entre un herbario y un recetario o entre un antidotario y un *regimina*, como algunos autores señalan. Entre otras cosas porque las obras pertenecientes a estos géneros –*herbaria*, recetarios, antidotarios...– tienen unas características bastante definidas, como hemos tratado de mostrar, y no es fácil «estar a caballo» entre unas y otras. Más bien el *Secretum secretorum* constituye un excelente ejemplo de la naturaleza expansiva de los

compendios médicos medievales: al núcleo original se le fueron añadiendo diferentes materiales en su proceso de transmisión. Materiales entre los que podía encontrarse un *herbarium* como ya antes se encontraba un *regimina*.

Al igual que otros muchos textos médicos, los *secretos* fueron sufriendo durante la Edad Media una serie de cambios: traducciones hacia las diferentes lenguas vernáculas; eliminación del contenido doctrinal complicado y oscuro en favor de la simplificación, con la consiguiente desaparición de las referencias a autores y fuentes; paso, en muchas ocasiones, de la ordenación sistemática a la alfabética para favorecer las consultas, por ejemplo. Todo un proceso complicado y laborioso, gestado y desarrollado durante el medievo —más aún en su último periodo—, que tuvo mucho que ver con la influencia de la literatura científica en lengua árabe, cuya misión fundamental era precisamente allanar el camino hacia el conocimiento, en este caso, de la prevención de la enfermedad y su curación: *allanar el camino hacia el conocimiento*, todo lo contrario a tratar de esconderlo o de luchar contra su propagación. Si pensamos en lo difícil que tuvo que ser enfrentarse al caudal de saberes heredado por la medicina del bajo medievo, sobre todo con lo adusto que era su modo de presentarse. Si además tenemos en cuenta que no existía un único manual que recogiera todo lo relacionado con el tratamiento de las enfermedades, quizá podamos imaginar a los sanadores medievales copiando de aquí y de allá, cosiendo y conjuntando simplarios, listados de sinónimos o de sucedáneos, partes de antidotarios, recetarios, *regimina*, etc. Todo ello con el fin de confeccionarse, cada uno a su gusto y de acuerdo con sus necesidades y posibilidades, su propio manual de terapéutica práctica, que para ellos era un auténtico tesoro.

Creemos, por tanto, que no es que el *Secreto* y sus herederos estén a medio camino entre un género y otro, y esos géneros se puedan confundir. Es que dependiendo del momento en que lo tomemos y de la línea de transmisión en que nos detengamos se habrá incorporado ya una cosa u otra: un *herbarium*, unas recetas, un fragmento astrológico, etc., según los gustos y necesidades de quien lo fuera compilando. Por otro lado, si el *Antipocras* del que hablábamos más arriba no cumplía las características de los libros de *secretos* o si el *Circa instans*, a pesar de ese *Secreta salernitana* por el que también se le conoce, es un *herbarium* que no tiene nada que ver con lo oculto o lo esotérico y es absolutamente fiel a la concepción galénico-avicénica de la medicina bajomedieval, tal vez haya que revisar el género de la «literatura de *secretos*» y el significado y utilización del término *secreto*. Puede que este último debamos aproximarlos no tanto, o no tan solo, al de *arcana*, sino al de tesoro. A ese tesoro al que nos acabamos de referir, que contenía, en el caso de los sanadores, todo el sostén necesario para llevar a cabo su práctica profesional.

Bibliografía citada

- AAVV, *Il Segreto. The Secret, Micrologus XIV*, Firenze, Sismel-Edizioni del Galluzzo, 2006.
- Amasuno, Marcelino V., «El *Regimen Sanitatis* en el Pseudo Aristotélico *Secreto de los Secretos*», en Santiago Fortuno Llorens y Tomàs Martínez Romero (eds.),

- Actes del VII Congrés de l'Associació Hispànica de Literatura medieval*, Castellò de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1999, p. 263-273.
- Barragán Nieto, José Pablo, *El «De secretis mulierum» atribuido a Alberto Magno. Edición crítica, estudio y traducción*, Oporto, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales, 2012.
- Eamon, William, *Science and the Secrets of Nature. Books of Secrets in Medieval and Early Modern Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1994.
- Grignaschi, Mario, «La difussion du “Secretum secretorum” (*Sirr al-Asrâr*) dans l'Europe Occidentale», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 47 (1980), p. 7-70.
- Gutiérrez Rodilla, Bertha M., *La esforzada reelaboración del saber. Repertorios médicos de interés lexicográfico anteriores a la imprenta*, San Millán de la Cogolla, Cilengua, 2007.
- Leong, Elaine y Alisha Rankin (eds.), *Secrets and Knowledge in Medicine and Science, 1500-1800*, Aldershot, Ashgate, 2011.
- Montero Cartelle, Enrique, *Tipología de la literatura médica latina. Antigüedad, Edad media, Renacimiento*, Oporto, Fédération Internationale des Instituts d'Études Médiévales, 2010.
- Ramón Guerrero, Rafael, «Elementos neoplatónicos en el *Sirr Al-Asrâr* (*Secretum secretorum*) atribuido a Aristóteles», *Mediterranea. International journal for the transfer of knowledge*, 1 (2016), p. 55-68. Accesible en línea: <https://www.uco.es/ucopress/ojs/index.php/mediterranea/article/view/5173/4867>.
- Rey Bueno, Mar, «Primeras ediciones castellanas de los Libros de Secretos de Alejo Piamontés», *Pecia Complutense*, 2 (2005), p. 26-34. Accesible en línea: <http://www.ucm.es/BUCM/foa/pecia>.
- , «*Prolongatio vitae*: prácticas alquímicas, remedios secretos y promesas de salud en la España Moderna», *Azogue*, 7 (2010-2013), p. 366-401. Accesible en línea: <http://www.revistaazogue.com/Azogue7-12.pdf>.
- Stannard, Jerry, «Rezeptliteratur as Fachliteratur», en William Eamon (ed.), *Studies on Medieval Fachliteratur*, Bruxelles, Omirel, 1982, p. 59-73.
- , «The Theoretical Bases of Medieval Herbalism», *Medical Heritage*, 1 (1985), p. 186-198.
- Willians, Steven J., *The Secret of Secrets: the Scholarly Career of a Pseudo-Aristotelian Text in the Latin Middle Ages*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2003.
- Zamuner, Ilaria, «La tradizione romanza del *Secretum secretorum* pseudo-aristotelico», *Studi Medievali*, 46 (2005), p. 31-116.